

CRISTO Y LA OPCIÓN POR EL POBRE

“Cristo, con su acción y su doctrina, unió indisolublemente la relación del hombre con Dios y con los demás hombres. Cristo vivió su existencia en el mundo como una donación radical de sí mismo a Dios para la salvación y la liberación de los hombres. Con su predicación proclamó la paternidad de Dios para todos los hombres y la intervención de la justicia en favor de los pobres y oprimidos. De esta manera Cristo se hizo solidario de estos sus «pequeños hermanos» hasta llegar a afirmar: «Cuanto hicisteis con estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (documento La justicia en el mundo, elaborado por los obispos en el Sínodo de 1971). Una década más tarde, I. Ellacuría hacía este excelente comentario del texto sinodal: “Pertenece esencialmente a la vida y misión de Jesús su referencia y pertenencia al mundo de los pobres. Y cuando decimos esencialmente queremos significar que, si no se da esta referencia, queda desvirtuado el mismo Jesús como salvador de los hombres”. Este trabajo quiere centrarse precisamente en la consideración de esa relación de Jesús con el mundo de los pobres y su justa causa, con el fin de verificar cómo configuró su mensaje y su vida, y cómo ha de ser una dimensión ineludible de quien lo quiera seguir.

Cristo e a opción polo pobre, Encrucillada 32 (2008) 30-47

¿FUE POBRE JESÚS?

Poco podemos decir de la larga etapa que solemos llamar la “vida oculta” de Jesús. Sabemos que los relatos evangélicos no son propiamente informes documentales escritos con talante de historiador moderno, sino testimonios de creyentes escritos a la luz de la Pascua con la finalidad de ofrecernos la Buena Noticia de la salvación. Sin embargo, indagando sobre lo que dicen los relatos sobre su nacimiento, su estancia en Nazaret y sobre la forma de vida que eligió

posteriormente para anunciar el Reino y que lo llevó a la muerte en la cruz, creo que estamos en condiciones de saber si Jesús fue pobre y cuál fue la naturaleza de su pobreza.

Nacimiento, Nazaret y ofrenda en el Templo

Lucas narra así su nacimiento: “Y aconteció que mientras estaban

en Belén, le llegó a María el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada” Comenta González Faus este pasaje: “Los evangelios de la infancia han creado a la exégesis los mayores problemas. Pero si es verdad que ellos coronan el proceso de “divinización” del Señor, resulta incomprensible que ese proceso vaya a dar en el dato del nacimiento en una cueva. Con la cueva no hay escapatoria: no tiene ningún significado espiritual como puede tenerlo el desierto. No expresa más que la miseria y la falta de otro lugar”.

También Lucas nos dice que los pastores fueron los primeros destinatarios del anuncio del nacimiento de Jesús. Si tenemos en cuenta que, como decía el rabino José ben Chorina, “no hay en el mundo oficio más despreciable que el de pastor” se entiende que los más pobres son los destinatarios prioritarios de la Buena Noticia que Jesús viene a anunciarnos.

Los relatos evangélicos nos permiten afirmar razonablemente que Jesús formó parte de una familia humilde radicada en Nazaret, una pequeña y desconocida aldea de la baja Galilea. Lucas cuenta que “cuando se cumplieron los días de la purificación prescrita por la ley de Moisés, llevaron el niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como prescribe la ley del Señor: Todo primogénito varón será consagrado al Señor. Ofrecieron

también en sacrificio, como dice la ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones” (Lc 2, 22-24). Ahora bien, esta ofrenda era la propia de las familias pobres, como sabemos por el Levítico 12, 6-8: “Mas si a ella no le alcanza para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones...”.

Carpintero, campesino

Marcos se refiere directamente a Jesús como carpintero (*tékton*) mientras que Mateo lo llama “hijo del carpintero”. Ambas afirmaciones son equivalentes porque era frecuente que los hijos ejercieran el oficio de sus padres. Como indica J. P Meier, “no había razón para que Marcos, o los predicadores cristianos anteriores a él, se atreviesen a atribuir a Jesús una ocupación que no gozaba de especial relieve en su sociedad”. Y tras una cuidadosa consideración de los trabajos que realizaba el carpintero en aquella época, concluye el mismo Meier: “En cierto modo Jesús era uno de los pobres que tenían que trabajar duramente para vivir”.

Algunos estudiosos actuales afirman que Jesús puede ser considerado también como campesino. “Como mínimo, vivía en una sociedad agraria y es posible que dedicase algo de su tiempo a la agricultura; en este sentido se le podría considerar como un campesino” (J. P. Meier). Por su parte, G. Lenski, en su trabajo sobre las

sociedades agrarias del siglo I, nos habla del abismo que separaba las clases altas de las bajas. Entre estas últimas incluye, en primer lugar, a los campesinos, la gran mayoría de la población que vivía al nivel de mera subsistencia. En un nivel más bajo estarían los artesanos, aproximadamente un 5% de la población. Y, todavía más abajo, las clases de los degradados, donde se situaban los mendigos, esclavos, jornaleros sin tierra propia, prostitutas...

Si Jesús fue un artesano y al mismo tiempo un campesino, deberíamos concluir que perteneció a las clases bajas de su sociedad y que, en consecuencia, necesitó trabajar esforzadamente para poder subsistir.

Pobre, errante, marginal

Conviene recordar que la lengua griega, en la que fueron escritos los evangelios, tiene dos términos para referirse a los pobres: *pénes* y *ptochós*. Con el primero se designaba a las personas que se veían obligadas a trabajar esforzadamente para poder satisfacer sus necesidades más fundamentales. Con el segundo, las personas radicalmente necesitadas que estaban en una situación de absoluta dependencia. Podríamos decir que Jesús fue un *pénes* y no propiamente un *ptochós*.

Cuando Jesús abandona Nazaret para realizar su tarea de anun-

ciar y hacer presente el Reino de Dios eligió una forma concreta de vivir marginal y un tanto errante, propia de un “carismático itinerante” (G. Theissen), sin lugar fijo “donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20). Como indica Meier “abandonó su medio de vida y el lugar de origen, se convirtió en ‘desocupado’ e itinerante con el fin de asumir un ministerio profético y no sorprende que se encontrara con la incredulidad y el rechazo cuando regresó a su pueblo para enseñar en la sinagoga... Contando básicamente con la buena voluntad, el apoyo y las contribuciones económicas de sus seguidores, Jesús se hizo intencionadamente marginal a los ojos de los judíos normales y corrientes de Palestina”.

En este su caminar itinerante, como subrayó J. M^a Castillo, aparece rodeado por el pueblo sencillo (*óchlos*), en contraposición a los dirigentes, a los nobles y a la clase superior.

Otro dato significativo es que el grupo de sus discípulos más íntimos parece también formado por personas pertenecientes al *óchlos*. Y aunque no conocemos con detalle el *status* de los doce, sí sabemos que cuatro de ellos eran pescadores, otro publicano y, por lo menos otro, muy probablemente, un “*zelote*”. También sabemos que entre sus seguidores más fieles hay que incluir un número significativo de mujeres las cuales, en el mundo judío del tiempo de Jesús, contaban muy poco.

Finalmente, consta con certeza que la vida histórica de Jesús acabó “fuera de la ciudad” (Hb 3, 12), “echado fuera de la viña” (Mc 12, 8), “sufriendo la muerte de un excluido” (Pannenberg), que no podía aplicarse a ningún ciudadano romano. Murió colgado en el madero de una cruz, muerte destinada a los malditos de Dios (cfr. Ga 3, 13 y Dt 21, 23). Como dice elo-

cuentemente Meier, “desde el punto de vista romano Jesús sufrió la espantosa muerte de los esclavos y rebeldes Y, a los ojos de los judíos, cayó bajo el rigor de Dt 21, 23: “Dios maldice al que está colgado”. Para ambos grupos, el proceso y la ejecución de Jesús hicieron de él un marginado de un modo atroz y abominable.

LA OPCIÓN DE JESÚS POR LOS POBRES SE VERIFICA EN SU MENSAJE CENTRADO EN EL ANUNCIO DEL REINO DE DIOS QUE LLEGA

Al intentar esclarecer la opción de Jesús, el Cristo, por los pobres es importante saber que vivió personalmente en la pobreza. Pero lo realmente decisivo es que Jesús se comprometió con los pobres, ofreciéndoles de modo preferente la salvación de Dios.

Existe práctica unanimidad entre los estudiosos en señalar que el Reino de Dios fue el centro del mensaje oral de Jesús. El Reino o reinado de Dios aparece 162 veces en el NT y de ellas 121 en los sinópticos (20 en Mc, 55 en Mt y 46 en Lc). Interesa destacar que lo que especifica el anuncio de este Reino, por parte de Jesús, se resume en que es una Buena Noticia de salvación liberadora que tiene como destinatarios prioritarios a los pobres.

Nos limitaremos a hacer referencia a algunos pasajes evangélicos que se presentan como textos

auténticamente programáticos, verdadera expresión condensada de todo su mensaje.

En la sinagoga de Nazaret y con los enviados por Juan

Empecemos con la solemne afirmación que hizo Jesús en la sinagoga de Nazaret, después de la lectura de Is 61, 1-2, al declarar cumplida en él mismo la profecía leída: “El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos, y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19).

Jesús se sabe, pues, enviado a evangelizar a los pobres. Anunciarles la Buena Noticia es la par-

te central y esencial de su misión. A una conclusión semejante se llega al considerar la respuesta a los enviados por Juan Bautista, cuando le preguntaron si él era realmente el que tenía que venir o si debían seguir esperando a otro: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; y dichoso aquel que no se escandaliza de mí” (Mt 11, 4-6; Lc 7, 22-23).

También en este texto programático Jesús enumera las señales que considera más significativas del tiempo de la salvación que él viene a ofrecer en nombre de Dios. De esta manera, presenta lo que podríamos llamar su “carnet de identidad”, al mostrar lo que ha de ocupar un lugar central en su mensaje y en su vida. J. Jeremías destaca esta centralidad: “Que el acento recaer sobre la evangelización de los pobres, lo vemos por el hecho de estar colocado al final y también por las palabras que siguen: ‘dichoso aquel que no se escandaliza de mí’ ¿Por qué se iba a escandalizar nadie de que los ciegos vieran, los cojos andaran, los leprosos quedasen limpios, los sordos oyeran y los muertos resucitasen? A estas primeras cinco frases no se puede referir, al menos a primera vista, la palabra acerca del escándalo. Pero, en la práctica, la oferta de salvación que Jesús hace a los pobres resulta sumamente escandalosa”. Con la evangelización de

los pobres nos referimos, como concluye Jeremías, “al corazón mismo de la predicación de Jesús”.

Las bienaventuranzas y el juicio final

Esto se confirma al considerar el pasaje central de las bienaventuranzas, otro texto inequívocamente programático. En él se vuelve a vincular la salvación que llega con el Reino a la bienaventuranza de los realmente pobres. Esta vinculación se observa con toda claridad en el texto de Lucas: “Bienaventurados los pobres porque vuestro es el Reino de Dios” (6, 20). Aquí, los pobres (*ptochoi*), sin más, son bienaventurados porque el Reino de Dios llega.

Para entender bien esta bienaventuranza que se refiere a los pobres reales o materiales (*ptochoi*), es conveniente situarse en una perspectiva profética y no tanto sapiencial o meramente apocalíptica. Como bien señala G. Gutiérrez, “bienaventurados los pobres porque vuestro es el Reino de Dios, no quiere decir: ‘aceptad vuestra pobreza que más tarde esa injusticia os será compensada en el reino de Dios’...”. Cristo declara bienaventurados a los pobres *porque* el reino de Dios ha comenzado: “se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca” (Mc 1, 15). Es decir: se ha iniciado la supresión de la situación de despojo y pobreza que les impide ser plenamente

hombres, se ha iniciado un reino de justicia que va más allá de lo que ellos podían esperar. “Son bienaventurados porque la llegada del reino pondrá fin a su pobreza creando un mundo fraterno” (G. Gutiérrez).

Contamos todavía con otro importante texto programático: el llamado juicio de las naciones (cfr Mt 25, 31-46). En él se establece como criterio decisivo de salvación la relación solidaria con los más pobres. La dimensión sacramental-cristológica de los pobres adquiere en este texto carácter de escándalo con esta extraña y entrañable identificación que supone el “conmigo lo hicisteis”. En realidad lo que se afirma es que en los pobres se juega la causa de Jesús en la historia. Por otra parte parece claro que Mateo se está refiriendo a los pobres reales: los que tienen hambre o sed, los que están desnudos, los forasteros no acogidos... En ellos, los crucificados de la historia, cualquiera que sea su situación subjetiva o su disposición espiritual, es donde se comprueba si el mensaje de Jesús se vive o no con coherencia.

Las parábolas

Además de los textos programáticos parece obligado hacer una breve referencia a las parábolas. J. L. Segundo considera que “por lo

menos 21 (de las 38 parábolas que podemos encontrar en los sinópticos) versan sobre las causas que llevan a los adversarios de Jesús a ‘escandalizarse’ con su predicación acerca de la proximidad o llegada del Reino. En la misma medida constituyen... ataques a la ideología religiosa opresora de la mayoría de la sociedad de Israel y consiguientemente –no a pesar de esto– una revelación y defensa del Dios que hace de los pobres y pecadores los destinatarios por excelencia de su Reino”. Jesús se comprometió de forma decidida a favor de la causa de los pobres, expresando así su “inédito interés por lo perdido” (Dodd) en un mundo donde la pobreza y la marginación de muchos contrastaba con la riqueza y los privilegios de muy pocos; por ello su actitud resultó sumamente conflictiva. Frente a esta conflictividad exagerada, Jesús, con sus parábolas, argumenta más o menos así: puesto que la bondad de Dios se expresa en su amor respecto a los pobres y marginados, es preciso optar por ellos.

No podemos considerar aquí otros muchos dichos de Jesús de parecido contenido. Pero queremos hacer nuestra una referencia genérica de G. Theissen cuando afirma que “según la fuente de los *logia* (es decir, la fuente Q utilizada por Mateo y Lucas), la Buena Noticia se anuncia a los pobres, enfermos y débiles”.

TAMBIÉN LA TOTALIDAD DE LA VIDA DE JESÚS, CONCRETADA EN ACTIVIDADES ESPECIALMENTE SIGNIFICATIVAS, ESTUVO INFORMADA POR LA OPCIÓN SOLIDARIA POR LOS POBRES

Hay dos actividades de Jesús que parecen tener especial importancia para mostrar su compromiso con los pobres y excluidos: sus milagros y sus comidas o banquetes.

Milagros y comidas

Los múltiples milagros de Jesús deben ser considerados como “clamores del Reino”, como “signos” que muestran que la fuerza salvífica del reinado de Dios se hace presente teniendo como destinatarios preferentes a los que menos contaban, la gente sencilla y abandonada de Galilea. Por ser “signos”, anuncian y anticipan un mundo nuevo, abierto a la realización plena de la justicia, mostrando cómo Jesús salva en situaciones concretas de necesidad y libera de opresiones históricas.

Los banquetes o comidas de Jesús, especialmente con los pecadores y excluidos, han sido rigurosamente estudiados en las últimas décadas. E. Schillebeeckx, tras considerar atentamente la comunidad de mesa liberadora y salvífica de Jesús con sus discípulos y también con los marginados y excluidos, llega a esta importante conclusión: “La comunidad de mesa, tanto con conocidos ‘publicanos y

pecadores’ como con los suyos... es un trazo esencial y característico del Jesús histórico. En ella Jesús se revela como el mensajero escatológico de Dios que comunica a todos –incluidos en particular los que, según los criterios de la época, estaban excluidos– al convite divino, al banquete de paz del reino de Dios; el acto de comer con Jesús ofrece en el presente la salvación escatológica”.

R. Aguirre, tras un recorrido por las comidas de Jesús en Lucas, muestra la radicalidad de las enseñanzas de Jesús: es necesario promover la participación en una mesa común abierta e igualitaria en la que tienen que ser integrados todos los excluidos y marginados del sistema. Con sus comidas, Jesús cuestiona el concepto de honra y el sistema de pureza que configuraban injustamente las relaciones de los seres humanos en su tiempo. Y propugna unos valores alternativos: la acogida, la reciprocidad, el servicio, el compartir la vida, la fraternidad... Todas las barreras que se oponen a un compartir la mesa quedan abolidas por Jesús. La solidaridad verdaderamente escandalosa para con los pobres y pecadores fue, con mucha probabilidad, uno de los motivos que le condujeron a la muerte en la cruz.

La expulsión de los mercaderes

Concluyo este apartado con una alusión a otro gesto de Jesús en el que adquirió máxima expresión el contencioso que mantuvo, toda su vida, con el culto practicado en el templo de Jerusalén: la expulsión de los mercaderes del llamado atrio de los gentiles. La exégesis actual considera que esta sorprendente acción de Jesús supone no tanto una simple protesta contra los abusos económicos, sino más bien una crítica radical contra el culto carente de “espíritu y verdad”. Tan radical que anuncia y pide la supresión del templo y no su mera purificación. Subrayemos que la motivación que llevó a Jesús a descalificar tan radicalmente el culto del templo fue precisamente que se realizaba al margen de la preocupación solidaria por la realización de una justicia traducida en defensa de la causa de los pobres y excluidos. La cita de Jer 7, 11, introducida por los tres sinópticos y situada en su contexto, avala con claridad la mencionada motivación.

El proceso kenótico

Para concluir estos dos apartados sobre el *status* socioeconómico de Jesús y la opción por los pobres que informó su mensaje, conviene subrayar que deben ser situados en el contexto del proceso *kenótico* que informó toda su

estrategia salvífica. Dos conocidos textos de Pablo nos sitúan en dicha estrategia: “Conocéis bien la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza”. (2 Co 8, 9) y “tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó a sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre” (Flp 2, 5-9)

Según estos textos, el proceso de *kenosis* presenta un ritmo ternario: 1) Cristo posee un *plus* de fuerza salvífica. 2) Cristo se sumerge enteramente en la condición humana participando plenamente de ella, tomando la condición de “esclavo” (servidor de los demás). 3) Cristo, finalmente, emerge de tal condición, superando el pecado y la muerte y alcanzando la plenitud.

Estos textos nos hablan de un proceso de descenso que no se justifica en sí mismo, sino en virtud de un ascenso finalmente conseguido. Jesús “se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres”, “se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz”. Precisamente “por eso Dios le exaltó y le dio un Nom-

bre que está sobre todo nombre”. “Cargó con el pecado” pero “para que nosotros obtuviéramos la rehabilitación de Dios”. “Nació de mujer, sometido a la ley” pero “para rescatar a los que estaban sometidos a la ley”, “para que recibiéramos la condición de hijos”. “Se hizo pobre por vosotros” pero “para enriqueceros con su pobreza”.

Por consiguiente, si Jesús se encarnó y se hizo uno de nosotros; si, no teniendo pecado, cargó con nuestro pecado y sus consecuencias, no fue simplemente para compartir tal condición y suerte, idealizándola, sino para redimir el ser humano y conducirlo a la salvación. Más en concreto: si se hizo pobre con los empobrecidos, no fue para justificar o sacralizar su pobreza injusta, sino para superarla, por ser contraria a la voluntad amorosa de Dios.

Por esto la pobreza de Jesús só-

lo se entiende bien cuando se sitúa en su *kénosis*. Abrazando la pobreza, Jesús no hace otra cosa que compartir la vida de los pobres, que son los destinatarios primeros de su Reino. Esta es la característica que informa toda su estrategia: la salvación no se ofrece “desde fuera” o “desde lo alto”, sino “desde dentro” y “desde abajo”, compartiendo la suerte de aquellos que necesitan ser salvados. El empobrecimiento voluntario de Jesús es un acto de amor solidario que pretende liberar del pecado y de todas sus consecuencias, una de las cuales es precisamente el empobrecimiento injusto que se comparte. Jesús es pobre por amor a los pobres, no por amor a la pobreza injustamente impuesta. Y se compromete con los pobres luchando contra esa pobreza, que es consecuencia de la injusticia no querida por Dios.

JESÚS PROPUSO A SUS DISCÍPULOS ABRAZAR LA POBREZA EVANGÉLICA Y COMPARTIR SU OPCIÓN POR LOS POBRES

Jesús invitó a sus discípulos a abrazar la pobreza evangélica para caminar tras sus huellas, entrar en el ámbito salvífico del Reino y poder así anunciarlo con coherencia. Aconsejó que al invitar a una comida, la mesa fuera compartida prioritariamente por los pobres, los contaminados, los ciegos (Lc 14, 12-14). Y, sobre todo, dejó muy claro que el núcleo esencial de su

Buena Noticia de salvación está en hacerse prójimo de los que andan tirados por las cunetas (Lc 10, 25-37). Lo que hace posible el encuentro con Dios y la salvación, es el compromiso solidario con los pobres de este mundo.

Esta invitación se dirige a todas las personas que quieran hoy ser cristianos de forma consecuente. Lo decisivo no está en *saber* que

Jesús fue pobre y que su vida estuvo comprometida con los pobres y su causa. Lo decisivo es vivir en consecuencia con este saber, siguiéndole a él, caminando tras sus huellas. J. D. Crossan dijo, de forma sugestiva, en su famoso diálogo imaginario con el Jesús histórico: “Leí tu libro, Domingo, y me parece bastante bueno. ¿Y qué? ¿Estás listo para vivir tu vida conforme a mi visión de las cosas y para unirte a mi programa? Domingo respondió: No creo que tenga valor todavía, Jesús, pero la descripción que de ti hacía en él era bastante buena, ¿no te parece? Jesús le dijo: Gracias, Domingo, por no falsificar mi mensaje para adecuarlo a tus incapacidades. Esto ya es algo. Y Domingo preguntó: ¿No es bastante? La respuesta fue: No Domingo, no es suficiente”.

Algo debería estar claro para todos los que nos confesamos creyentes en Jesús, el Cristo de Dios. En primer lugar, el compromiso solidario de Jesús con los pobres: “No caben más discusiones: Jesús estuvo de parte de los pobres, los que lloran, los que pasan hambre, los que no tienen éxito, los impotentes, los insignificantes” (H. Küng). En segundo lugar, la opción decidida por los pobres y su justa causa forma parte esencial e irrenunciable del seguimiento de Jesús. Y, en tercer lugar, la credibilidad de la fe cristiana, en una sociedad en la que se dan tantas desigualdades hirientes entre ricos y pobres, depende de que los creyentes, personal y comunitariamente, vivamos con autenticidad esta opción.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.